# El mediano de los Alpes

Ángel Isaac Tapia Morales
*Lingüística y literatura hispánica*
*angel.tapiam@alumno.buap.mx*

John Ronald había perdido de vista a su grupo desde hacía una hora, más o menos. Maldecía, en tan digna rabia como su educación exigía, la decisión de evitar los caminos principales en su travesía. No es que se quejara, al contrario, era una suerte de bendición estar a solas entre los gigantes picos de los Alpes, rodeado a cada lado de las cimas blanquiazules que incluso ahora parecían sacadas de un sueño. Era, sin duda alguna, la vista más hermosa que había visto en su vida. Bueno, exceptuando a Edith, pero era mejor guardar tales declaraciones en lo profundo.

Aun así, la belleza de sus alrededores se amargaba con el conocimiento de que no divisaba por ninguna parte a sus compañeros. No estaba aislado por completo, claro; había aldeas y pueblos en cualquier dirección, pero prefería evitar la embarazosa labor de regresar a alguna de estas por cuenta propia para rogar a algún desconcertado aldeano si podía ofrecerle refugio por la noche. Con la caída del sol, parecía aumentar esa posibilidad, cuando a la distancia divisó algo que logró sacarlo de sus presentes preocupaciones, aunque fuera por sólo un instante.

Una figura diminuta con un enorme sombrero se dirigía hacia él desde la cima de una pendiente menor. Por un momento, a Ronald le pareció que era un niño perdido y consideró con pesadez la posibilidad de tener que fungir en el papel de guardián además del de niño perdido a su manera. Sin embargo, al tenerlo más de cerca y ver esos pies enormes, con vellos gruesos y rizados por encima, supo que se trataba de un adulto, uno muy bajito.

El concepto del enanismo le era familiar, aunque no había encontrado a muchos que lo padecieran en su vida, e incluso aquellos no se comparaban a la escala minúscula que presentaba el caballero frente a él. Sus modales, como debía ser, le hicieron morderse la lengua y guardar su asombro para dirigirse al hombrecillo con la cordialidad que todo ser humano amerita.

—Buenas tardes. Disculpe, señor, ¿ha visto usted a un grupo de exploradores pasando por aquí? —preguntó Ronald en el mejor alemán que su sorpresa le permitió.

El hombrecillo, quien alzó la cabeza y reveló un rostro jovial y juvenil bajo el sombrero de paja, contestó con una sonrisa amable.

—¡Sí! Sí, me parece que los vi hace apenas un par de millas. Se dirigen hacia el sur, ¿cierto?

El extraño contestó en inglés, sorprendiendo todavía más al joven. ¿Acaso su acento era tan terrible que su herencia se notaba en pocas palabras?

—¡Caray! Discúlpeme, buen señor, pero me dejó perplejo. ¿Cómo es que supo mi lengua natal? —preguntó Ronald. La posibilidad de que simplemente hubiera escuchado al grupo hablar inglés e inferido que este joven extraviado hablaba la misma lengua no le había cruzado por la mente hasta ese momento. Lo hizo sentirse algo ingenuo, al menos hasta que escuchó la respuesta del hombrecillo.

—¡Tenemos un buen sentido de la orientación, querido joven! Puedo ver de dónde vienes y hacia dónde vas. Se trata de leer el tiempo como se leen los rostros. —Señaló a sus propios ojos, grandes y marrones.

—Interesante habilidad —fue todo lo que Ronald pudo decir sin recaer en mencionar la extrañeza de lo que presenciaba. Ciertamente era un encuentro único, pensaba. A pesar de ello, no se sentía incómodo ni en peligro. Al contrario, el hombrecillo le daba una inusual confianza, como si se tratara de un viejo amigo y no de un hombre diminuto a mitad de los Alpes, lejos de cualquier población. Su acento, notó Ronald, también era extraño, ajeno a cualquier lengua que él hablara, pero con suficientes elementos que le hacían pensar que se trataba de una indoeuropea, sin duda.

De pronto, sus modales le dieron un golpecito en la espalda y recordó algo crucial.

—¡Qué descaro el mío! Olvidé presentarme —dijo Ronald— mi nombre es Ronald, Ronald Tolkien. ¿Me podría dar usted su nombre, señor?

—¿Dártelo? ¡Ni en sueños! —exclamó el hombrecillo—. Eso sí, puedo decírtelo. Me llaman Tunastrahan, hijo de Razanur, hijo de Tunastrahan.

Más que la inusual forma de presentarse, los nombres que dijo Tunastrahan fueron lo que llamaron su atención. Su fonética tan peculiar le hicieron dudar de sus anteriores

presunciones. Le hubiera encantado sólo preguntarle al hombrecillo hacia dónde se dirigía el resto de su grupo y dejar ahí el asunto, pero el piquete de la curiosidad no lo iba a dejar dormir si no resolvía este gran misterio. Tenía que saber más.

—Un placer, señor Tunastrahan. Espero no sea imprudente de mi parte si le pregunto, ¿a qué región pertenece su nombre, así como el de su padre y su abuelo? ¿Es acaso túrquico en origen? ¿O semítico? No lo reconozco de ninguna parte.

Quizá era mucho esperar que un hombre cualquiera tuviera más noción de sus orígenes que el pueblo donde nació su bisabuelo, pero, para grata sorpresa de Ronald, Tunastrahan no se vio extrañado u ofendido por la pregunta. En su lugar, le ofreció una gentil sonrisa complacida.

—Te acompañaré a buscar a tus camaradas, mi querido Ronald. Te explicaré de mi familia en el camino —dijo el hombrecillo mientras le apuntaba con su bastón. El bastón se veía viejo, pero bastante resistente. Tenía una cubierta dorada en la parte del mango con letras desconocidas grabadas en ella.

Mientras caminaban, Tunastrahan le contó a John Ronald sobre su gente, de su origen nómada, de su preferencia por la vida solitaria, alejada del bullicio de la presente modernidad. Su pueblo había habitado las montañas desde hacía mucho, mucho tiempo, al parecer, pero conforme se fueron acercando más los poblados de los suizos, sus propios asentamientos fueron haciéndose más pequeños y difíciles de encontrar. No era que le tuvieran repudio al resto del mundo, pero su tímida naturaleza los hacía temer el daño que este les podía ocasionar.

Tunastrahan, sin embargo, no era como los de su pueblo. Era curioso, "en exceso", solía decir su madre. Todos le advertían que, si seguía con esas caminatas que realizaba cada día, se encontraría con alguien que no apreciaba las cosas diferentes, alguien que le haría daño sólo por su peculiar tamaño. Para su fortuna, casi todos los que se encontraba eran granjeros demasiado cansados como para cuestionarse si acaso lo que veían era verdadero, o excursionistas solitarios que rara vez lo veían con desdén por su tamaño. Casi todos mostraban curiosidad.

Asimismo, Tunastrahan le contó acerca de su padre, de sus hermanos, y de gran parte del linaje que le precedía hasta su tátara-tátara-tátara-tátara abuelo. Si se detuvo, fue sólo porque no deseaba abrumar al joven Ronald con tanta información. Ronald, sin embargo, se sentía todo menos abrumado; se sentía fascinado con el hombrecillo, no sólo por las historias que le contaba, sino por la gracia y el entusiasmo con la que lo hacía. No era un asunto de honor o de deber familiar, se trataba de algo que Tunastrahan disfrutaba aprender y contar. En ese aspecto, Ronald se sentía feliz de haber encontrado un espíritu afín en el sitio menos esperado.

Por su parte, Ronald pasó la caminata contándole a Tunastrahan sobre su pasión por las lenguas, por entenderlas, hablarlas, escribirlas, incluso inventarlas. Con unos cuantos ejemplos que Tunastrahan tuvo que sacarle casi a la fuerza, el joven le habló a su nuevo compañero en una de sus más recientes ideas lingüísticas. Tunastrahan sólo sonreía con deleite al oírlo.

Después de un rato, cuando el sol ya parecía ir bajando más que subiendo por las montañas, Tunastrahan se quedó callado por un momento. Ronald tuvo la ligera preocupación de haber dicho algo que ofendiera de algún modo al hombrecillo, pero para cuando su boca se abrió para preguntarle qué ocurría, su acompañante dijo algo que lo sorprendió más que cualquier otra cosa que hubiera dicho hasta el momento.

—¿Tienes espacio en tu mochila, querido joven?

—¿A qué se refiere, señor? —preguntó Ronald.

De su propia mochila, casi del mismo tamaño que su cuerpo, Tunastrahan sacó un códex gigantesco. Debía tener al menos medio metro de largo y diez centímetros de ancho. Fuera de preguntarse cómo es que Tunastrahan podía cargar con algo así por cuenta propia, Ronald se preguntó qué clase de texto podría contener tal monstruosidad. Le recordaba a los enormes volúmenes de la Biblia ilustrados por monjes medievales.

—Esto no es cualquier libro, muchacho. —El tono de Tunastrahan fue de pronto serio—. Aquí, entre estas páginas, está una historia ya casi olvidada. Mi pueblo la ha guardado por generaciones, segura, pero irrelevante. No ha permanecido del todo intacta, claro; le hemos hecho anotaciones en lenguas más modernas, pero ninguna en una lengua del mundo de hoy.

Ronald tomó el tomo entre sus manos y se sorprendió ante la dificultad que implicaba mantenerlo en el aire. Lo abrió en una página al azar y, para su sorpresa, vio dos columnas de texto. Una columna estaba en una lengua que no reconocía, escrita en el alfabeto latino, mientras que la otra estaba en nada más y nada menos que latín medieval. Era una traducción. Más que eso, era una traducción de algo completamente desconocido para él. Sostuvo el libro con reverencia.

—¿Cómo se llama? —preguntó Ronald, curioso.

—Ha tenido muchos nombres, querido Ronald. Yo lo conozco como la historia de mi pueblo, otros como *El libro rojo,* otros más lo conocen por el gran mal que acecha entre sus páginas. ¡No de forma literal, claro! Lo único que es seguro es que cuenta la historia de cinco muy famosos miembros de mi gente, los más conocidos que ha habido en el mundo de los hombres. —Hizo una pausa y sonrió a su acompañante—. Creo que ha pasado suficiente tiempo resguardado entre nuestros brazos temerosos. Quiero que lo tengas, querido Ronald.

—¿Yo? —preguntó sorprendido— Pero, señor Tunastrahan, acaba de conocerme.

—Ya soy viejo, querido Ronald, incluso si no lo parece. A veces la persona que llevas más tiempo conociendo puede ser un completo extraño, mientras que quien conoces apenas de hace unas horas, esa persona con quien das una caminata, puede ser la más cercana a tu alma. Veo en tus ojos más que mera curiosidad, amigo mío. Veo un deseo de crear algo, algo que pueda vivir eternamente. Te doy ahora el molde para lograrlo.

—Pero, ¿qué se supone que haga?

—¡Mi querido Ronald, eso creo que ya lo sabes! Usa esa mente tuya, bien afinada para las lenguas y las historias. Llena los vacíos, exagera, reduce, crea algo, haz lo que tu corazón te diga, ¡tan sólo haz que siga viva esta, que es mi historia! —El hombrecillo rio con más vida que Ronald alguna vez llegó a escuchar—. Cuéntale al mundo que existimos, no sólo nosotros, sino tú también.

El joven lingüista miraba el libro en sus manos. La tarea le fue encomendada sin pedirla, sin esperarla. Se sentía como una monumental labor, una que fácilmente podía fallar si dejaba que el orgullo o, por el contrario, la duda lo dominara. Confiaba plenamente en el señor Tunastrahan, y ello lo hacía sentir más peso por su petición. En verdad le creía cuando decía que era la historia de su pueblo. A la vez, sin embargo, ello también lo hacía querer contarla, no sólo porque no había historia que no merecía ser relatada, sino por el reto que ello le presentaría.

Después de un alargado momento de

silencio, guardó el libro entre su equipaje, que ya de por sí era pesado. Para su sorpresa, la emoción académica era motivación suficiente para aligerar la carga, incluso si era sólo hasta que regresara a un lugar techado.

—Está bien, querido Tunastrahan. Le doy mi palabra de que no dejaré que olviden su historia. Haré lo que pueda por mantenerla viva. —Ofreció su mano al hombrecillo y este la tomó con emoción.

—¡Me alegra muchísimo, me alegra! —Tunastrahan sacudió su mano con el decoro de un niño pequeño al que le acababa de decir que sí podía comer esa segunda rebanada de pastel. Pronto, sus ojos viraron hacia algo detrás del joven, muy por detrás—. Pero si mira nada más, ¿no son aquellos los de tu grupo?

Ronald volteó y se fijó en eso mismo. En efecto, su grupo de excursión estaba por subir la planicie para alcanzar las mejores vistas del Silberhorn. Si iba hacia ellos en ese momento, quizá podría alcanzarlos antes de que terminaran de observar al pico nevado que tenían enfrente.

—¡Caray, es cierto! —exclamó— Me temo que debo irme, entonces, señor Tunastrahan. Ha sido todo un honor conocerle y recibir su confianza. Prometo que no se arrepentirá.

Incluso si no tenía manera de saberlo, Tunastrahan le sonrió como si le creyera cada palabra. Tomó su bastón y, bien erguido, se despidió entonces de su acompañante.

—El honor fue todo mío, mi querido Ronald. Yo sé que lo lograrás. —Hizo una reverencia hacia él—. Ahora, es momento de que ambos volvamos a nuestros respectivos pueblos. Ya mis hijos se estarán preguntando si su viejo padre no se habrá perdido en las montañas otra vez.

Con una mutua risotada, ambos dieron la vuelta para tomar sus caminos. Poco después de separarse, Ronald tuvo otro piquete de curiosidad que lo hizo voltear. Ver la figura del hombrecillo aún detrás suyo lo hizo sentirse aliviado de que no había sido una clase de espejismo de exactitud sobrenatural. Algo le causaba duda, algo que, incluso si su mente le decía que era una tontería, sabía que debía aclarar.

—¡Señor Tunastrahan! —le llamó— ¿Usted no es un hombre, cierto?

El hombrecillo volteó, su cara arrugada y lampiña se veía en paz, como si por fin le hubiera hecho esa pregunta que anticipaba responderle.

—No, mi querido Ronald. No soy un hombre.

—Entonces, y discúlpeme esta última imprudencia, ¿qué es usted?

—¡Hay quien nos dice medianos a mí y a mi pueblo, por nuestro tamaño!

—¿Y cómo se llaman ustedes mismos?

—*Kuduk*. —Pareció pensarlo un momento—. Personalmente, me gusta más un nombre que usó otro caballero inglés hace mucho tiempo: *Holbytla*.

Con eso, el pequeño hombre que Ronald encontró en las montañas desapareció entre los árboles, los arbustos y los montículos de tierra que había en la zona. Jamás volvería a ver al señor Tunastrahan, ni jamás se encontraría a otro miembro de su pueblo, pero ellos seguirían habitando en los rincones de su mente por muchas décadas y en las páginas de sus obras por muchas décadas más allá. Hoy, quizá los conozcan por otro nombre, pero en su gran valentía logró trascender cualquier barrera de la lengua y el tiempo, tal como lo deseó aquel mediano de los Alpes.